

plos (el de México y el de nuestra ciudad) no ha quedado piedra sobre piedra. Los que restan, están en gran parte encomendados á manos extrañas, porque casi han acabado entre nosotros los hijos de Nuestra Señora de la Merced.

Pero aunque todos lleguen á faltar, no perecerá en nuestra memoria el recuerdo de sus insignes beneficios, ni dejará de mantenerse vivo el culto de la Virgen de las Mercedes. Á ella recurriremos en nuestras necesidades; á ella clamaremos en los peligros; y sentados sobre las ruinas de sus templos, como los Israelitas en las riberas del Eufrates, no cesaremos de cantar al són de nuestros destemplados laúdes: Si de tí me olvidare, oh Reina de la Jerusalén celestial, péguese á las fauces mi lengua, indigna de proferir sonidos articulados.



PLÁTICA

DE INTRODUCCIÓN Á LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, DIRIGIDA
AL CLERO DE LA DIÓCESI, LA NOCHE DEL 28
DE SEPTIEMBRE DE 1897.

las del de México, y el de nuestra ciudad no se queda
de plaza sobre plaza. Las que restan están en gran
parte encomendadas á manos extranas, porque algunas
de ellas causan un solo al suceso entre el obispo
de la Merced.

Pero aunque todos lleguen á faltar, no parecerá
nuestra América el recuerdo de sus insignes beneficos
si depará de mostrarle vivo el culto de la Virgen de la
Merced. A ella se consagraron las primeras
de las llamadas y se glorían de ser semejantes á las
de otros santos, los otros santos, los otros santos.

PLÁTICA

DE INTRODUCCIÓN A LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, DIRIGIDA
AL CLERO DE LA DIÓCESIS DE LA NOBIA DE LA
DE SEPTIEMBRE DE 1897.



de los límites que prescribe el gran autor de
lo que no de voz y de modo, aunque siempre den
los mejores directores que han estado á mi alcance, y
vez mas y mas. He procurado siempre proporcionar
regentado por el mundo camina y á similitudes cada
mente á saber el punto que no puede menos que re-
nes que todos sin excepción pudiesen venir periódica-
dado regularizado y llevar á cabo tales comu-
Hasta

NO hace todavía un año que el señor Visitador
Apostólico nos honró con su presencia, y que-
dó altamente satisfecho, y agradablemente im-
presionado con el estado floreciente de la diócesi. Aún
resuenan en mis oídos las grandes alabanzas que tri-
butó al Clero secular y regular, y que cuidé que se os
comunicasen sin tardanza. Aún me parece oírlo elogiar
el estado en que encontró las parroquias de la ciudad,
y recuerdo la respuesta que, con legítima jactancia me
permití darle.

“Si pudierais ir, le dije, á los últimos confines de la
diócesi, hallaríais los curatos todos en el mismo buen or-
den, las feligresías igualmente atendidas, los libros lle-
vados con la misma exactitud, los templos conservados
con la misma limpieza, el culto divino mantenido con
idéntico decoro.” Por haber merecido tales encomios,
os dí desde entonces las gracias, Venerables Sacerdotes;
y ahora me toca añadir que si los merecisteis es debido
principalmente á los ejercicios espirituales á que con to-
da regularidad habéis acudido anualmente, renovando
en ellas el espíritu de vuestra vocación sacerdotal.

Han transcurrido ya doce años desde que me fué dado regularizarlos, y llevar á cabo tales combinaciones, que todos sin excepción pudieseis venir periódicamente á sacudir el polvo que no puede menos que recoger quien por el mundo camina, y á santificaros cada vez más y más. He procurado siempre proporcionaros los mejores directores que han estado á mi alcance, y haceros gustar diversos géneros de elocuencia, cambiando cada año de voz y de método, aunque siempre dentro de los límites que prescribe el gran autor de los Ejercicios. Piadosos y doctísimos sacerdotes de la Compañía de Jesús os han servido de guía con más frecuencia que ningún otro, y conservo grata memoria de los retiros predicados por los Padres Rivas, Mancí, Anticoli, Veres, la Cerda y Díaz Rayón.

También la Congregación de la Misión y la del Corazón de María os han enviado á algunos de sus más distinguidos miembros á mostraros el camino de la perfección. El clero secular ha sido dignamente representado por mi experimentado amigo el señor Abad de Guadalupe Don Antonio Plancarte, quien con tanto acierto ha dirigido una tanda de ejercicios. Por último, intercalándose entre estos piadosos varones, y aventurándose á hablaros de esa perfección y esa virtud que está muy lejos de poseer, pero que es su deber enseñaros, se ha atrevido varias veces á servir de padre espiritual vuestro indigno Prelado. Cuando hace tres años empezó mi declinación, casi perdí la esperanza de poder otra vez ocuparme en una tarea tan grata aunque tan ardua; pero he aquí que el Señor me da nuevas fuerzas y vengo esta noche, no á presentaros á un director ex-

traño, sino á anunciaros que vuestro Obispo será una vez más el predicador de vuestro retiro espiritual.

No podéis imaginaros cuánto me regocija y consuela el poder consagraros mis últimas tareas evangélicas, y dar á mi clero los postrimeros frutos de mi largo pastoral ministerio. No desconozco mi insuficiencia, que confieso sin afectación. Comprendo que cualquier religioso, avezado más que yo á las prácticas del ascetismo, y sin las divagaciones que á un Prelado acarrearán los deberes de la administración diocesana, podría infinitamente mejor que yo mismo, llevaros por los laberintos de esas vías purgativa, iluminativa, unitiva, que apenas he podido recorrer á medias y guiado por ajena mano. Pero también conozco por experiencia, y creo que todos comprendéis, cuán poderosa es la voz del propio Obispo, cuán eficaces suelen ser sus admoniciones, cuánto prestigio le da su autoridad. ¿Quién mejor que vuestro Prelado conoce vuestras virtudes y vuestros defectos, vuestros peligros y vuestras propensiones? ¿Quién mejor que él sabrá poner el dedo en la llaga, tenderos una mano protectora, lanzar á tiempo el grito de alarma, ó deteneros al borde del precipicio? Estas consideraciones me han inspirado siempre el aliento que se requiere, para convertirme en director de vuestros ejercicios espirituales, y creo que el éxito ha correspondido á mis esperanzas. ¡Haga Dios que también esta vez saque de mis pláticas copiosísimos frutos!

Tanto en los retiros del clero, como en los ejercicios que á religiosas ó personas del mundo me ha sido dado dirigir, me he adherido fielmente al método de San Ignacio. Su admirable libro me ha servido de texto, y

cuando de comentarios ó explicaciones he necesitado, he recurrido á sus naturales y legítimos intérpretes los Padres de su Compañía. No quiere decir esto que yo sea exclusivista ó que tenga en poco la serie de meditaciones tan bien ordenada que, para el clero sobre todo, han dispuesto los sacerdotes de la Congregación de la Misión ó los Padres Pasionistas; y para toda clase de personas los discípulos de San Alfonso Ligorio ó de San Felipe Neri. Por el contrario, en los largos años que he residido en el extranjero, me ha tocado oír á verdaderas eminencias entre los miembros de estas comunidades, me han llegado los ecos de las famosas *retraites pastorales* por que se ha hecho célebre el clero francés, y entre los más dulces recuerdos de mi vida está el de unos ejercicios espirituales que practiqué bajo la sabia dirección del renombrado Cardenal Wiseman.

Pero así como para conocer el verdadero sentido de Santo Tomás me dirijo al Cardenal Cayetano ó á Renato Billuart, más bien que á otros extraños al orden de Santo Domingo, por más que se digan Tomistas, y lo sean en realidad; así para interpretar á San Ignacio de Loyola prefiero á uno de sus discípulos, que á ello se han dedicado desde su infancia religiosa (si así puedo expresarme) y son depositarios del fuego sagrado que vino á encender su santo Fundador. No sólo sus libros me han servido de guía. También de viva voz me han dirigido celeberrimos predicadores del Orden; y no me he limitado á seguir el curso de sus meditaciones, sino que les he pedido consejos y les he propuesto dudas que han resuelto admirablemente. ¡Ojalá que hubiera salido aventajado discípulo de tan eminentes maes-

tros! Pero entre ellos mismos, como tiene que suceder con los intérpretes de ajenas obras, hay algunas diferencias así en la teoría como en la práctica. Puesto que vosotros, Venerables Sacerdotes, aunque en este momento hacéis el papel de discípulos, sois en realidad Maestros en Israel, no está de más que os señale algunas para vuestro provecho propio y el de vuestras ovejas.

San Ignacio en la primera semana señala cinco ejercicios, siendo el último el del infierno, que viene inmediatamente después de las diversas meditaciones sobre el pecado. De aquí se deduce que, sin intermedio alguno se ha de contemplar el castigo después de haber meditado en las culpas que nos han hecho merecerlo. Este orden es el más lógico, y antes que San Ignacio lo había prescrito San Bernardo: *In mente contemplatoris utrumque et peccata et gehenna conjungitur, ut ex utroque terror incutiatur*. Apoyados en esto, invierten el orden de los novísimos el Padre Antonio Ciccolini, por muchos años superior de la Casa de San Eusebio de Roma, donde practiqué los ejercicios bajo su dirección, y cuyo excelente libro siempre me acompaña; el Padre Jennesaux, francés que en su obra sobre los ejercicios espirituales sigue la norma trazada por el padre Roothan, el Padre Curtis, Jesuita irlandés, y otros de varias naciones que sería largo citar.

En cambio el Padre Judde, cuya extensísima obra sobre los ejercicios no tiene rival, propone las meditaciones de los novísimos en su orden natural, y otro tanto hacen el Padre Nouet en su *Guide de l'âme en retraite*, que comprende muchas series de retiros, y el italiano